

VALERIA VARGAS

---

*El misterio Kinzel*

*El primer caso de Laura Naranjo*



HUEDERS



A pesar de estar cesante, mi día comienza a las seis de la mañana. No es mi culpa. No soy madrugadora. El responsable es un perro nuevo que llegó a la cuadra. Tiene un ladrido inconfundible, agudo y sin pausas, que a veces interrumpe con aullidos desesperados. Sufre y yo sufro con él todas las mañanas, desde las seis en punto hasta las siete y media, hora en que por fin logro aceptar la realidad, levantarme y salir a caminar.

Ññoa de día les pertenece a los viejos. Es cuestión de andar un rato por Irarrázaval o por cualquier calle chica, para cruzarse con decenas de ellos. Como no tengo nada que hacer, juego a clasificarlos. Me gusta encontrármelos en los boliches, las esquinas y en la feria que se instala los jueves a seis cuadras de mi casa. Intento adivinar cómo eran antes de que el cuerpo los traicionara. Imagino vidas completas. Amores, hijos, fracasos, viajes a través del mar. Algunos me saludan. Se han topado tantas veces conmigo, que les parece natural decir hola. Mal que mal, a estas alturas yo también formo parte del paisaje.

Además de observarlos, los dibujo. Pequeños retratos que bautizo a mi gusto y voy pegando en las paredes del comedor. La vieja que anda con abrigo de astracán, pese al calor infernal, es la *Reina de Corazones*; las gemelas octogenarias que se visten igual son *Las Resplandor* y el viejo elegante que parece actor de cine, *El Alemán*.

Desde que H se fue, todo lo pego en las murallas. Las cuentas, los dibujos de los viejos, los cartones del Kino,

todo. No sé si es porque no soporto el vacío o porque siempre quise hacerlo y ahora por fin tengo la oportunidad.

Ayer fui al cibercafé de los colombianos a revisar el mail, y entre cobranzas, mensajes de gente que necesita saber si sigo viva y spams, me encontré con un ofrecimiento de trabajo, una investigación sobre criminales chilenos. Por fin una buena noticia. Querían que me concentrara en el siglo xx. Solo les interesaba que reuniera información y la paga no era mucha, pero a esas alturas cualquier cosa me servía.

Apenas volví a la casa, taché con un plumón rojo el ítem “salir a trotar” en el horario de actividades que nunca cumplía y lo reemplacé por “criminales”. Se veía bastante bien. Después busqué un cuaderno viejo al que todavía le quedaban varias páginas en blanco y empecé a organizarme. Tenía un mes para el primer informe, y el plan era terminar lo más rápido posible para cobrar antes.

Los días siguientes los pasé encerrada en la Biblioteca Nacional. El resto del tiempo vagaba por el barrio, cocinaba cualquier cosa, regaba el jardín y dormía. Entre mis idas y venidas logré identificar al perro loco. Es un quiltro muy flaco que parece estar en plena adolescencia. De día anda libre por la cuadra, pero de noche duerme en el antejardín de la casa del frente, dentro de una especie de caja plástica que le queda chica. Supuse que ladraba todas las mañanas para que lo dejaran salir a la calle. Ya me reconocía. Eso significaba que me seguía a todas partes. Tenía que hacer grandes esfuerzos para despistarlo y evitar que se transformara en mi sombra. Supuse que si lo trataba bien empezaría a ladrar menos, pero no había caso. Daban las seis y media y empezaba su letanía. Como si estuviera programado para llorar. No sabía cómo se llamaba; simplemente le decía perro.

La investigación avanzaba lentamente. No era fácil reunir información, porque en todas las publicaciones –diarios,

revistas y libros– encontraba el mismo contenido repetido hasta el cansancio. Los casos más famosos acumulaban muchas páginas, pero el resto solo figuraba en pequeñas notas llenas de frases hechas, artículos que no alcanzaban ni a rozar el abismo que había detrás de cada historia.

Mis asesinos, como había decidido llamarlos, eran hombres y mujeres sin rostro, en su mayoría muertos. Había hecho lo posible para obtener fotos de todos, pero solo había conseguido algunas imágenes sueltas después de revisar kilos de prensa.

En 1923, Rosa Faúndez estranguló a su marido y después lo descuartizó. El caso fue bautizado como *El crimen de las cajitas de agua*. Había imágenes de los detectives posando orgullosos junto a la cabeza de la víctima. Uno de ellos incluso se había tomado la libertad de poner un dedo sobre la coronilla del muerto, como para hacer valer su participación en el hallazgo. También tenía una foto de Rosa Faúndez, pero ahí no había orgullo; solo una mirada cargada de cansancio.

Pedro di Giorgio, en cambio, parecía un niño bueno llegando tarde a una fiesta. En la foto que encontré posaba con su padre, un conde italiano de semblante tranquilo, que ni en sus peores pesadillas habría imaginado que su hijo era capaz de matar y robar por diversión.

Tucho Caldera, el *Carnicero de San Felipe*, y Francisco Varela, el *Monstruo de Carrascal*, eran otra cosa. El primero asesinó a tres personas y terminó fusilado. El segundo violó y estranguló a un número indeterminado de niños. Sus fotos estaban en un rincón y ya me habían producido varias pesadillas.

También tenía imágenes de los supuestos responsables de los llamados “crímenes de Semana Santa”, de Kinzel, el joven elegante que acuchilló a su tío en la calle

Ejército, de un par de cuatreros que mataron a una familia completa en Pirque y varias más que, juntas y vistas desde lejos, casi podían confundirse con las de un improvisado álbum familiar.

El resto seguía sin rostro, así que me tomé la libertad de inventarles uno. Tenía los retratos imaginarios, las fotos escaneadas y las fotocopias con sus respectivas historias pegadas en los muros del dormitorio de visitas. Como no pensaba recibir a la madre de H nunca más y ella era la única que usaba esa pieza, me pareció justo transformarla en mi escritorio.

Ahora en esta casa solo somos los asesinos y yo. Nadie más.

♦ ♦ ♦

Anoche decidí salir de mi ostracismo y partí al Rapa Nui. Apenas entré, distinguí al Alemán en una de las mesas del fondo. Lo acompañaban dos ancianos que nunca había visto. Uno llevaba puesto un overol de mecánico, el otro era pequeño y muy formal.

El boliche estaba lleno, hacia un calor del demonio y mi amigo Javier, que me había citado allí, brillaba por su ausencia. Pensé que lo mejor era volver a casa, pero la posibilidad de observar con calma al Alemán me retuvo. Había algo en él que me resultaba tremendamente familiar. Algo nuevo que no lograba identificar. Me acomodé en la barra y pedí una cerveza.

Un veinteañero instaló un micrófono en medio del bar y empezó a leer un poema. Se produjo un breve silencio y luego las conversaciones siguieron su curso. El único que parecía estar escuchando era el Alemán, que cada tanto hacía comentarios a sus compañeros de mesa. El del overol fruncía el ceño y el pequeño bostezaba sin ningún disimulo. Los poemas eran largos y prácticamente ininteligibles a causa del